

## CELCIT. Dramática Latinoamericana 475

# LA TECNICA DEL HOMBRE BLANCO

Víctor Viviescas (Colombia)

“...El alma, como el cuerpo, olvida”

M. Yourcenar

Personajes: M (2) / F (1)

Korvan, apodado Roscoe, 57 años.

Agnes, apodada Maggy, arribando a los cincuenta.

Nirvana, viejo.

La acción en la cocina y el sótano de una vieja casa de provincia.

Cocina vieja y amplia. Una larga mesa de madera pesada que puede ser usada tanto para la preparación de la comida, como para comerla. Al fondo el poyo propiamente dicho y un pesado aparador suspendido de la pared. También estufa, fregadero de vajilla, etc. Al fondo también una puerta que da al exterior.

Sótano mal iluminado, a oscuras casi siempre, a no ser por una leve penumbra que se cuelga por una pequeña ventana alta. Una escalera estrecha da acceso al sótano.

FRAGMENTO 1.

KORVAN

(Cocina. Altas horas de la noche. Semipenumbra. Ladridos de perro.)

KORVAN:

(Contra la puerta que da al exterior.) ¡Chitón! ¡Chitón! ¡A callar! ¡Tendidos en el piso y a callar! ¡Silencio! (Escucha con atención. No hay ningún ruido. Saca una botella de whisky y un vaso del aparador, se sienta en un extremo de la mesa, bebe whisky. Luego, con pequeñas risas agudas y asordadas.) Se podría decir que vengo de una larga caza de salvajes. ¡Huyuyuy y cómo suena! Pero es así, puede ser. Es como la llaman los chicos. (A la puerta.) Es así como ellos la llaman ¿no es verdad? ¿Es eso lo que les calienta la sangre? Sí, es eso, pero... (Escucha con atención. Leves aullidos de perros. Se relaja. Se

quita la bota derecha que observa con atención en la suela. Rastros de mierda. La deja en el suelo. Busca con qué limpiarla.) Una buena ratoniada, y bien, es eso. Una aventura, se podría decir. Pero a algunos no les gusta pensar así. (A la puerta.) No les gusta, ¿verdad? Son pusilánimes, digo yo. Faltos de entusiasmo para las cosas que bien valen la pena. Yo no. Que no digan de mí que me falta el entusiasmo para las cosas pequeñas. Ni para las grandes cosas. (Vuelve a la bota. No ha encontrado con qué limpiarla. La observa.) Esto de las ratoniadas es una cosa menor. La grande fue la que les hice. (Da un golpe a la puerta con la bota. Aullidos de perro.) ¡Ah sí, ah sí, es eso lo que los enerva! ¡Flojos! ¡Pusilánimes! Pues ahí tienen, es bien en el viejo sótano que está mi golpe mayor. Mi pequeño capricho. Todo de mi propiedad. (Deja la bota. Busca debajo de la mesa con dificultad. No encuentra nada. Vuelve a la bota.) Estoy agotado. (A la puerta.) Ustedes no entienden de eso, no tienen cerebro. Los muchachos tampoco. Nadie. Nadie. Ni Agnes. Aunque Maggy sí. Maggy comprendería. (Soñador.) Maggy sabría agradecerlo. (Pausa. Gemidos y olisqueos de perro en la puerta.) Pues sí, pues sí... Es cosa seria el esfuerzo físico que algunas cosas demandan. Pero no será a mí que van a detener unas arterias más o menos cerradas por el alquitrán y el colesterol. Ni la incontinencia. A mí eso no me ha pasado todavía. No es eso lo que me va a encerrar en un sillón de viejo. (Bebe whisky, se atora, tose. Escucha con atención.)

(Silencio.)

¿Mi secreto...? Es bien aquí en la vieja cocina que se puede quedar mi secreto. Que se puede cocinar mi... (Pausa.) Sueño despierto. Puede ser. Pero allí abajo bien que está mi tesoro. Mi prueba particular. (Pausa.) (Risas asordinadas.) ¡Cómo sudaban los otros! ¡Cuánta falta de sangre fría! Todo hecho más o menos a la buena de Dios y después... ¡pies en polvorosa! Pero yo he ido con minucia. He dado el último recorrido para verificar que todo se hubiera concluido bien. Y... es al metódico al que recompensa la rutina. Sí, al metódico. (Encuentra un cuchillo con el que empieza a limpiar la bota, también un viejo periódico que le sirve de paño para limpiar a su vez el cuchillo.) (A la puerta.) Lo voy a decir de una buena vez: no voy a entregarles mi presa. (Ladridos de perros. Risas asordinadas del hombre. Escucha con atención. Pausa.) He traído una presa. Pueden creer lo que les digo. Es la mía, bien se puede decir. Mi trofeo de caza. Mi compensación secreta. Ahí está, bien, mi compensación secreta. (Algo escucha o cree escuchar. Enrolla con precipitación el cuchillo en el periódico, se pone la bota a medio limpiar y se sienta. Escucha con atención.) ¿Agnes...? ¿Estás despierta? Di ¿despierta? (Silencio.)

(Se acerca a la puerta, habla en susurro.) Eh, sí, ahí la tienen. Agazapada en silencio. Espiándome sin duda. (Hablando más bajo.) Agnes es un perrita loca que se deja ir de la lengua. Y que no comprende nada. Nada comprende, es

una mujer, no conoce nada de los motivos del lobo. Nadie comprende al lobo. Su despliegue de instinto, su zarpazo, sus mandíbulas, sus patas acolchadas para deslizarse en la cueva de las ovejas, de la carnuda lana. Mala desgracia para mi perrita. Su garganta la va a perder. Ella dice: “Korvan habla mucho de aparatos, de mecanismos, de engranajes y arandelas, de correas de transmisión y de todas esas entrañas de los aparatos.... ¡pero no hace nada!” ¿Nada? Se va de la lengua mi perrita. No sabe lo que es meterse la lengua en el bolsillo. Pero la garganta la perderá. Habla mal de Roscoe.... de Korvan.... En fin, poco importa... ¡de mí! ¡De mí! Y la garganta la perderá. Sí, la perderá. (Se deshace del envoltorio con el cuchillo. Vuelve a sentarse. Observa la bota. Se la quita, la observa. Escucha o cree escuchar algo. Se pone la bota con precipitación.)

(Silencio.)

(Luego con cierta impaciencia.) Yo, yo sí que podría decir: “Agnes habla del sexo, de sudores, de los olores del coño, de los calores y de la temperatura, de las partes pudendas de las personas y de ovarios y de todas esas cosas rosadas que tienen por dentro las mujeres...” Todo eso. Todo eso. Todo eso que uno no ve, pero que sabe que ahí está. Que ahí tiene que estar. Que ahí lo puso Dios para que desempeñara una maldita función. (Pausa.) Y nadie va a preguntarle a Dios cómo fue que hizo las cosas. Por qué nos puso cada tornillito y cada arandela que hay en el jodido cuerpo para que eso funcione... para que eso... todo eso...

(Silencio.)

Pero mi ratica retozona no sabe.

(Silencio.)

(Con sumo cuidado se quita de nuevo la bota. Intenta salir con ella por una puerta del fondo, ladridos y aullidos de perro. Con dificultad logra cerrar de nuevo la puerta. Regresa con la bota.) Pero ya les digo, yo les digo, yo: Hay que podar la hierba del jardín porque la maleza ha crecido que puede esconder a todos los animales de la jungla. Para ayer que ya es tarde va a tocar comprar una podadora. Una sierra eléctrica, mejor. Antes de que tengamos a todos los perros hurgando por nuestra heredad buscando eso. (Va con la bota y la echa a la basura, como ha hecho con el envoltorio de periódicos.) (Con satisfacción.) Sueño. Pero quizás no. (Va a salir. Se escucha el sonido del batiente de una ventana que golpea. Se devuelve y bebe el último trago que aún quedaba en el vaso. Se atora. Tose. Tose fuertemente. De afuera los perros le responden con ladridos.)

FRAGMENTO 2.

AGNES

(Cocina. Noche, ya casi el amanecer, aunque todavía oscuro. Agnes, con una bata de dormir que cubre mal ropa interior de boleros y correítas de cuero en rojo y negro, bebe leche, sentada a la mesa en una silla. Sonidos atosigantes de olfateo y aullidos de perro en la puerta. Más al fondo, ronquidos lejanos y el golpear esporádico de una ventana.)

AGNES

Y ahora ronca. Sí, ronca. (A los perros que olfatean la puerta.) Si dejaran tanto chillido y tanto gruñido, ustedes, carroñas, también podrían escucharlo. (Lamento de los perros allá afuera.) ¡Ronca! Ya puede irse uno al sótano, que hasta allá llegaría el ruido de la tractomula. Por eso te digo, Agnes: la vejez es una carga. Y apenas empieza... sí, apenas... Maggy, Roscoe y todo ese fandango innecesario de esta noche... y todo esos escándalos innecesarios... y... y... ¡y esta ladradera de perros! (A los perros de allá afuera.) ¡Me van a enloquecer! ¡Me van a enloquecer! (Bebe leche.) Y... y apenas es el comienzo. (Bebe leche.) Los hombres son como niños. ¡Y cómo babean! Ya deberían haber inventado la píldora para dormir con las fieras, para... (Pausa.) Y aquí huele a mierda. (Bebe leche.) ¿A mierda o a qué...? Es bien a mierda que huele. Tiene que ser a mierda. Sí. Te lo digo bien claro: aquí huele a mierda. Ese olor está por todas partes.

(A los perros.) Ustedes lo saben ¿no? Ustedes bien que lo saben, perros de mierda. (Aullidos de los perros.) Es lo malo de que los hombres envejezcan, se les cuelga todo y empiezan a heder. (Bebe leche.) ¿No se les acaba la leche a los hombres? Se les tiene que acabar. Pero les dura. (Pausa.) A mierda, sí. (Busca. Remueve las cosas.) Esa manía de estar jugando. De inventar siempre nuevas arandelas a la vida. De complicar las cosas. Es lo que ocurre a los hombres con la menopausia. La vejez es una maldición terrible. (Pausa.) (Repta debajo de la mesa, no encuentra nada. Vuelve a sentarse.) El sexo es la prueba. Tienen que complicarlo todo, disfrazarnos con sus perros satines negros y rojos y tanta correíta y tanto guante de cuero. Cómo si la cópula pudiera llegar más lejos de donde se detiene. (Risas.) ¡Qué vocabulario! Ya me voy pareciendo a Korvan... a Roscoe. Pero Roscoe no se sonroja. Tiene una boca donde uno puede verter el tarro de basura sin temor a ensuciarla. La boca. La basura es siempre sucia. Pero, silencio. Boca cerrada. (Pausa.) El peligro. Ya basta de mentiras. Sí. No puedo dejar notar el miedo. (Pausa.) A mierda, sí. (Busca.) Pero ya te digo que basta de mentiras. No es eso. Es Korvan, ha vuelto a sus andadas. (A la puerta.) Es eso ¿no? Ustedes, fieras, lo saben bien. Son ustedes los que lo acompañan a hacer sus fechorías, perros sarnosos. (Revuelo entre los perros, allá afuera.). (Bebe leche.) Déjalo, déjalo Agnes, no pienses en eso, no pienses más en ello. (Un poco más fuerte.) ¡Agnes, así me llamo! ¡Agnes! ¿Me escuchas, Korvan? Me llamo Agnes,

escúchalo bien. Escúchalo, para que se lo digas a tu sucio Roscoe. (Agnes solloza. Los perros afuera se agitan, olisquean.)

Es eso, sí. Korvan a vuelto a sus porquerías nocturnas. El y sus perros y todos esos otros que lo secundan, todos esos que lo arrastran, que están más muertos de miedo que Korvan mismo, que yo misma... Todos esos de los que habla la mujer de las radionoticias... Sí, es eso lo que explica el burdel de esta noche. Y tanto Roscoe y tanta Maggy y tanta correa de cuero y tanto quejido y tanto perendengue. No quieras negarlo, Agnes. Korvan no habla de otra cosa que de Roscoe. Y se trae una risita maliciosa y un murmurar por los rincones, que lo hacen creer que yo no he comprendido. Pero se equivoca. No existen los secretos. En la escuela normal nos pasaba cuando hablábamos todas reunidas en corrillos separados. Como si no supiéramos que el tema de todas era el mismo: la regla, los ovarios, las gónadas y todas esas cosas internas. ¡Qué calores me subían entonces a la mejilla! ¡Qué de vergüenzas! (Ahoga un sollozo.) La basura, sí. Allí huele a mierda. Busca en la basura. (Se queda quieta. Escucha. No se oye nada.) El miedo. Sí. Es eso. Tengo la manía de presentir lo peor. “Es una maldita manía. Es una buena costumbre de mujer”, diría Korvan. Y... sí, ¿qué quiere ése que yo haga? Por algo se es mujer en la vida, para tener costumbres de mujer, para... (Pausa.) Es mi vieja maldita manía de mujer. Ya no falta sino que la senectud me dé por hurgar la mierda de los demás con un palito. (Pausa. Se escucha nítido el sonido del batiente de una ventana que golpea. Pausa. Luego con precipitación Agnes va a la basura. Regresa con la bota de Korvan. La pone sobre la mesa. La observa. Fuerte algarabía de perros que ladran y aúllan.) Roscoe es un hombre de acción... pero perezoso. Sueña las cosas. Dice: “Mañana habrá que podar el césped, he perdido una bota en el pantano, van a brotar los animales de la jungla”. Todas esas cosas dice. Pero no hace nada. De entrada, porque no tenemos césped. Tampoco podadora. Bien que habría que comprar una, pero fuerte, pero robusta... ¡como un hombre! (Continúa la algarabía de los perros. Agnes busca un balde y lo llena de agua. Abre la puerta y baña a los perros con el agua.) Me van a enloquecer, ustedes también me van a enloquecer. Es por ustedes que no me deja tranquila la jaqueca. ¡Perros de mierda! (Cierra la puerta. Vuelve a la mesa donde está la bota.) Es eso. Es eso. Tendría que ser ingenua para no darme cuenta. Algo terrible va a ocurrir. Algo terrible ocurrió ya. Es sólo esto lo que nos producen las correrías nocturnas de Korvan. Del viejo de Korvan. Es esta la consecuencia de su senectud.

(Largo silencio.)

(Busca una caja de detergente en polvo. Vierte una buena cantidad en el balde. Lo llena de agua. Echa la bota.) (Sonido insistente del golpear de una ventana.) (Agnes solloza.) Los animales de la jungla se devoran unos a otros. No lo hacen por maldad o por nada de esa nimiedades, lo hacen por ley natural. Para mantener una cadena que no se puede romper. Eso lo leí en los

periódicos. Sí, los animales se dividen en dos: las vacas y los de la jungla. Los animales de la jungla se devoran entre ellos. A las vacas se las comen los hombres.

(Silencio.)

(Remueve la bota en la ponchera para provocar espuma.) No, esto no va a durar toda la vida. Toda la vida no. Esto no puede durar siempre. (Persiste el sonido de la ventana.)

### FRAGMENTO 3

KORVAN - AGNES

(La cocina. Es de mañana. Korvan se pasea por la cocina. A veces, también, entreabre la puerta y habla hacia afuera. Fuma un cigarro.)

KORVAN

Fue así. Salí un poco a la vieja estación. Un poco solamente. Las nubes ahora hace nada se engordaban. Viene la tormenta sin duda. Las nubes se engordaban porque viene la tormenta. (Pausa.) ¿He dicho que estaba ahí? No, no estaba todavía. (Pausa.) Lo cierto es que salí un poco a tomar el aire y a mover el culo hasta la vieja estación desueta. (Entreabre la puerta, observa y habla hacia afuera.) Y he allí que un perro ha venido a mearse en mi pierna izquierda.

(Silencio.)

Fue así como aconteció. Yo no fumaba. Ya no fumaba. Sólo seguía con la satisfacción de mis ojos el engordamiento de las podridas nubes, preñadas de gotas y, quién sabe, quizá también de fuertes truenos. Y el maldito perro que aparece olisqueando aquí y allá por la vieja vía férrea. Un poco aquí y un poco allá. Haciendo cabriolas en el aire y rumiando los poquitos de hierba rala que aún quedan en el viejo camino de la...

(Silencio.)

(Deja cerrar la puerta. Va a la mesa.)

Lo cierto es que, ebrio del paisaje del cielo que se atropellaba... no, que se cargaba en tensión, lo he perdido de vista. Al perro, quiero decir, al maldito del perro... al... (Pausa.) Hasta que sentí sus meados calientes en mi pierna izquierda. (Pausa.) Es así, las cosas más absurdas nos atropellan tan de improviso... nos caen como... que de momento nunca sabes cómo reaccionar, cómo... (Pausa.) El perro miraba, él también, el paisaje desolado. Y yo no salía del asombro. No salía del asombro, yo. (Pausa.) Después sí. Antes aún que el can terminara su defecación acuosa, le di una patada con mi pierna derecha y lo mandé renqueando y aullando por el viejo camino de la estación.

(Pausa.) ¿Defecación acuosa?

(Silencio.)

(Va hasta la puerta. La entreabre. Observa.)

Quiero decir que me meó. Me meó en la pierna... en... el perro... el maldito perro...

(Deja cerrar la puerta y vuelve a la mesa.)

¿Qué significa todo esto? ¿Qué puede significar? (Pausa.) Las nubes grises apelotonadas en lo alto del cielo hasta formar una... masa.... masa compacta de algodón gris... gris... negruzco.... (Pausa.) ¿Qué era lo que yo decía? (Pausa.) La línea neta que separa las nubes más bajas... (Pausa.) Y su combate, esa línea de.... nubes... nubes más... más blancas que va cediendo su espacio, se diría, al peso de las.... nubes.... La vieja estación desierta que... (Pausa.) ¡Ah, sí! Tengo sed. Sed. (Pausa.) Nada más que silencios recogidos en las ruinas del edificio y de la vía férrea. El viejo del perro, con sus cabriolas simples y simpáticas en el aire, venido de... no se sabe dónde, yendo a... no se sabe quién, sin amo quizá, sin dueño... ¿Qué es lo que todo esto significa? ¿Qué prueba todo esto? El perro y su meada, fue así. Eso, quizá, es cierto. Pero de seguido los hechos son tan rotundos que no permiten sacar ninguna conclusión. (Pausa.) Ninguna enseñanza, ninguna conclusión para aprovecharnos del relato del perro. Nada. En mi opinión, nada: la vieja rutina planetaria, esa que echó a rodar Dios en su infinita desidia.

(Silencio.)

(Se levanta, va hasta la puerta. Entreabre la puerta y mira. Mira todavía más. Deja cerrar la puerta, va hasta la canilla. Toma agua directamente de la canilla. Mete la cabeza debajo del agua. Vuelve a sentarse.)

(Silencio.)

O quizás sí. Quizás se encuentre alguna conclusión. Las bestias son animales salvajes en vía de extinción. Nada que no sean sus ritos del hambre, el asalto a las hembras, las heridas de sus congéneres y sus ritos mortuorios, les interesa. Aquí incluido el perro. El de la estación, claro, pero los otros también. El género perro con todas sus especies. (Pausa.) Sólo una ironía: el perro, dicen, es el mejor amigo del hombre. ¿De cuál hombre, me pregunto yo? El hombre, él también, no tiene...

AGNES: (Que ha entrado con una bota de hombre en la mano y un par de baldes. Está vestida de delantal burdo. Transpira. Cierra la puerta tras de sí.) Sí, los perros. Esos carroñeros. Ya no sé qué matar para tenerlos contentos. (Entreabre la puerta, habla hacia afuera.) Ya no sé qué matar ¿me oyen? Me van a oír bien. ¡Ya no sé qué matar! (Gruñidos de perros.) ¿También me van a engullir a mí, desgraciados? ¡Carroñeros! ¡Muertos de hambre! ¡Chitón! (Cierra la puerta.) Un día de estos les echo agua caliente. Es eso lo que se están buscando. (Continúa con la bota en la mano. Busca con los ojos un objeto que no encuentra.)

KORVAN: El caso es que después de cincuenta y siete años tengo algo en qué pensar: los perros son animales salvajes. A lo mejor esto significa algo. Débilmente, pero algo. Eso significa: el hombre... sí, el hombre, ha sido puesto en la tierra para... para... domesticar a las fieras salvajes, para... cumplir la extinción de las razas feroces. Es eso lo que puede significar toda esta comedia del viejo perro de la estación: las razas de animales que quedan son las que el hombre cuida. Eso, es... eso, eso lo que prueba el perro: fuera de su cautiverio, el perro olvida el progreso... se vuelve... salvaje. Lo atacan la rabia y el placer malsano de hacer el mal. ¡Olvida a los dioses!

AGNES: ¿Dónde está mi radio? No lo encuentro. Lo dejé acá. Después no lo encuentro. ¿Dónde dejaste mi radio?

KORVAN: Maggi...

AGNES: No me llames así. Así no me llames. Dime Agnes, llámame por mi nombre, así, Agnes.

KORVAN: Sí, Agnes.

AGNES: ¡Maggi...! ¡Maggi...! (Pausa.) No sé, creo que Maggi se agota. ¡La pobre loca! Roscoe la asfixia con el embeleco, con el mare magnum de animalitos muertos que le regala... Y después... después está el tedio, el sopor insano de esta estación... Deja que Roscoe le murmure obscenidades a Maggi. Déjalos en su fandango. (Pausa.) En fin, déjalos en paz.

KORVAN: Sí, Agnes.

AGNES: ¿Te enteraste? La radio dice que los caminos ya no son seguros. Ya no, los caminos. Hay hordas, dicen, hordas armadas de machetes y palos, invadiendo como langostas los caminos, asaltando los poblados y los supermercados, las estaciones de gasolina.... ¿No escuchaste las noticias? Dicen en la radio que hay que vigilar los graneros y los establos. Dicen que las despensas de grano son... ¿No tienes nada qué decir?

KORVAN: ¿Te conté? Roscoe mató a un perro en la vieja estación.

AGNES: Deja en paz a Roscoe, deja en paz a esos dos. Déjame en paz a mí de una buena vez. Déjame en paz.

KORVAN: ¿Quieres que espante los perros?

AGNES: ¿Por qué sonríes? ¿Por qué me miras con esa sonrisa maliciosa? ¿Es que tengo monos en la cara o qué? ¿Te estás mofando de mí? Dime ¿es eso? Te estoy hablando de lo que dice la radio. De lo que todo el mundo dice. Sí, la radio también. Y tú sigues, tú te arriesgas a meterte por esos lodazales con tu camioneta Ford y tus perros y... y... ¡Y después es Maggy quien debe soportar a Roscoe con sus calenturas de...!

KORVAN: Deja de embrutecerte con esas novelas de radio que para lo único que sirven es para embrutecerte. Ya te lo había dicho ¿no? Me tienes hartos con tus noticias y con tus novelas lacrimosas. Me tienes hartos con tus sensiblerías y con tus lloriqueos. ¡Déjame en paz los perros! Yo sé para qué tengo una jauría de perros. Yo sé para qué tengo mis perros. No andes husmeando entre mis asuntos, no me persigas, ni me huelas mis cosas. (Pausa.) Pero no llores. No llores. Tu pequeño radio está en el baño. Lo llevé allí mientras me afeitaba. (Pausa. Casi en un susurro.) Roscoe prepara algo gordo, es todo lo que puedo decirte. Eso no más puedo decirte.

AGNES: Ah, Korvan, Maggy se asfixia, te lo puedo asegurar, Maggy se asfixia... (Pausa.) Toma, desapareceme esta bota, desaparecela. Está enloqueciendo a esa jauría. (Korvan coge la bota de hombre, la calza, con una como sonrisa.) No, mi amigo, no digas nada... Ya no digas nada... ¿Cuándo dices que sucedió todo eso? ¿Cuándo dices que pasó todo eso, del perro y del aguacero y de..? No, mejor no digas nada. Pon atención a los perros. Monta guardia en los caminos. Pon mucha atención en los caminos. Aunque es verdad que los dueños de los graneros nunca aparecen degollados en los caminos... ninguno amarrado con alambres de púas o...

KORVAN: (Estallando de risa.) Ah, sí. Ah, sí. “Maggy se asfixia.” “Maggy se asfixia.” Pero anoche, bien que gruñía como una perra hambrienta bajo el peso de Roscoe. Bien que aullaba como una perra tierna. (Coqueto, arañándole la cadera.) ¿Sabes qué? Maggy se ha remozado por lo menos diez años en una sola noche. ¿Si sientes...? Nada más contártelo me pone duro como un riel.

AGNES: ¡Quita! ¡Quita! Ya no sabes qué inventar. ¿Cuándo fuiste a la vieja estación? ¿Qué tienes que buscar en la vieja estación?

KORVAN: (Ufano, con una risita perruna.) También Roscoe se quitó de encima quince años a lo menos, quince. ¿Ves, mi perrita? Esta noche lo puedes comprobar. Eso es todo lo que puedo decirte: ¡El viejo chanchito del Roscoe se trae algo grande entre manos! (Sale y cierra la puerta. Aullidos de perro.)

AGNES: Me tienen loca con su aulladera. Me tienen loca con su gritería, con su altanería, con sus vulgaridades, con sus salidas altisonantes, con sus vulgaridades. ¡Esta cabeza me va estallar! ¡Esta cabeza está que se me parte! (Solloza.) (Pausa.) ¿Me estas espiando? Di ¿estás escuchando detrás de la puerta? Korvan, no juegues conmigo. ¿Me escuchas? (Pausa.) Nada. Nadie. Hasta a los perros parece que se los tragó la tierra. (Silencio.)  
Nadie. Nadie.

#### FRAGMENTO 4

AGNES

(La cocina. Agnes sola, muy agitada, acaba de entrar.)

AGNES: Eso huele feo. Huele feo. Es una mata de pelos y de malos olores. Olores viejos de sudor. (Se tapa la boca con las dos manos. Se dobla sobre ella misma.) (Estruendo de una jauría de perros. Agnes se ampara de un cuchillo.) (Sirena de un tren que cruza. Agnes solloza y deja caer al piso el cuchillo. Solloza mientras resbala al piso.) (Los perros aúllan como llorando.) ¿Ladridos de perro? ¿Aullidos? ¿Es que esto no va a acabar jamás? Pero que te calmes, te digo, que te calmes, no seas niña. ¡Oh, Dios ¿qué he visto? ¿qué he visto? ¡Nada, nada! En un sótano así, mal iluminado, a oscuras casi, a no ser por esa penumbra que se cuele, que se... por la ventana... por la pequeña ventana alta, ¿qué esperas haber visto? (Pausa.) No, no, ya basta de mentiras. Es el peligro, es la noche del peligro. ¡Ha llegado un intruso! No, déjalo, loca, no grites barrabasadas. ¡No! (Pausa.) Y sin embargo... sí... sí... En un rincón como un bulto, algo como un bulto, algo que podría ser el cuerpo de un hombre, algo que... algo que es el cuerpo de un hombre ¿para qué negarlo? Eso respira, respira, de manera entrecortada, sí, con un aullido, con un quejido, sí, sí, pero respira. Eso sin forma. O quizá la forma de... de un hombre viejo, viejo... acurrucado o puesto en posición fetal sobre el piso. (Agnes solloza.) Esa presencia respira. Es inquietante. Quizá, incluso, se mueve, pero lentamente, pero pesadamente. (Agnes solloza. Ladridos de perro.) Que te calles te digo, pareces una gallina con tus aspavientos. ¡No hay nada! ¿Continúan los ladridos de perro? ¿Continúan? Sí, sí. Hay también el sonido de una ventana que golpea. ¿Asisto a la muerte de Dios? No, no. Luego, oscuridad. ¡Cállate, gallina!

#### FRAGMENTO 5

## KORVAN - NIRVANA

(El sótano a oscuras. En la escalera que da acceso al sótano se recorta la figura de Korvan en contraluz, arriba de las escaleras, muy cerca de la puerta. Es muy poco lo que se ve. Quizá se escucha una respiración enferma, entrecortada, en alguna parte del sótano sumido en la penumbra.)

## KORVAN

...De Agnes, sí... de Agnes... ¿de quién más puedo hablarle? Temo mucho que no es ya para usted un secreto. Sí, hay aquí una mujer. He debido prevenirlo desde el principio. Ahora ya lo sabe. ¿No es verdad que lo sabe? (Silencio.)

Hay zonas vedadas al lenguaje, zonas donde éste no puede entrar. Es difícil de aceptar, pero cuando se ha reconocido, todo es más llevadero. (Silencio.)

¿Ha bajado aquí una mujer? ¿Está aquí? Agnes, escrito así: a-g-n-e-s. ¿Ah? Me parece haberla olido. El olor de su axila, el olor de su sexo, sobre todo. Así, cerrando los ojos, se adivina, mezclado en el batiburrillo de hedores: un olor almizclado, dulce y penetrante. Es un olor fuerte el de las mujeres. El olor de su boca, su aliento. El olor de cuando tienen miedo. (Pausa.) ¿Bajó? ¿Continúa aquí? (Pausa.) Las palabras no dibujan sino una débil geografía superficial. ¿Dónde está la lava de los volcanes entre tanta palabrería? Nadie lo sabe. Nadie osa decir que no lo sabe. Nadie lo reconocería. (Silencio.)

Usted sí, claro que usted lo sabe. Ahora estará tirando sus cuentas y calculando cómo aprovecharse de la situación. Pero, lo prevengo, no hay ningún partido que se pueda sacar de ello. Ninguna... (Silencio.)

Es una lástima que no hablemos la misma lengua. (Silencio.)

Pensé que no lo vería más. Nunca más. No quiero ningún trato con usted. No quiero ningún comercio con usted. Usted es la fuente, el río... ¡terminará por secarse! (Silencio.)

¿Dice algo? ¿Ah? (Pausa.) Sé que ha vuelto a tener la misma pesadilla: está aquí, atado y ciego y sufre de sed y de hambre, entonces viene un águila feroz que destroza su hígado picotazo por picotazo, luego se despierta sudando y con rastros de algo como lágrimas en los ojos. ¿Es así su pesadilla? ¿Es eso lo que sueña? (Silencio.)

Hay aquí una mujer, le digo. Aquí hay una mujer ¿la ha olido? Dígame ¿ha bajado aquí una mujer? (Silencio.)

## FRAGMENTO 6

AGNES - NIRVANA

(El sótano. Fuerte estruendo. Asistimos al arribo de Agnes al sótano. Ella ha rodado por la escalera estrecha que da acceso. Se ha roto la lámpara que traía. Cada tanto enciende cerillas.) (En un rincón el cuerpo de un hombre amarrado, abrigo largo que le queda grande, la cabeza cubierta por un saco de harina. Quieto, a no ser por los estertores de una respiración entrecortada.)

AGNES

No, no me muerda. No abuse de la oscuridad. Siempre le tuve miedo a la rabia. Es contagiosa. No se me acerque. No se mueva. (Enciende una cerilla.) No me vaya a hacer daño, lo prevengo. No se me acerque. Quédese ahí. Quédese quieto. (Pausa.) ¿Ve cómo no puede hacer nada? La luz lo detiene, reconózcalo. (Enciende otra cerilla. Observa su pierna, también el sótano.) Yo misma me lo busqué, lo tengo bien merecido.

(Silencio.)

(Se acerca aún más al hombre. Enciende otra cerilla que sostiene en alto hasta que se consume.)

(Silencio.)

O sea que es verdad, el sucio de Roscoe se tiene bien guardada su porquería. Usted lo sabía ¿no? Usted lo sabe ¿no? Usted lo conoce a Roscoe, lo conoce bien, ya imagino. ¿Me escucha? Todos los hombres se confabulan para hacer sus fechorías. Para hacer sus porquerías. (Pausa.) (Iluminando al hombre.) Es verdad que usted está aquí. Aquí. Luego es verdad. Roscoe siempre sale ganando. Es eso lo que lo inflama de orgullo. “Duro como un riel”, dice él. Eso. Usted.

(Silencio.)

(El hombre se mueve. Ella ahoga un grito. Enciende otra cerilla.) Pero es idiota Roscoe, hace las cosas y no sabe para qué las hace. Usted no es nada. Nada ¿me escucha? (Pausa.) Buena la hicimos, no nos faltaba más que semejante mercancía en el sótano. Al fin ha servido para algo el maldito sótano. Para criar ratas es para lo que sirvió siempre. Siempre hasta ahora. ¿Qué dice? ¿Dice algo?

(Silencio.)

No, no creo que pueda hablar. No creo que pueda entender nuestra lengua. Las cosas que decimos ahora. Buenos somos nosotros para hablar. Nunca nadie con quien conversar. Nunca nadie a quien confiarnos. (Pausa.) Las gentes hablan de Korvan, sí lo sé. Pero no hay nada que decir de Korvan. El alcohol y la artritis lo tienen disminuido, venido a menos. Pero no se confíe, es un

hombre feroz. Sobre todo Roscoe. Es lo que prueba su presencia aquí, el miedo a envejecer, el temor de la esclerosis. (Enciende una cerilla. Se aproxima al cuerpo del hombre, lo observa.) ¿Quién es usted? ¿Un tigre herido que da dentelladas? No es su caso ¿no? ¡Uf... tiene que ahogarse con ese abrigo! ¿Quién le puso este abrigo? ¿Cómo es que viste usted un abrigo en una estación tan malsana? (El hombre se mueve. Ella retrocede torpemente, dejando caer las cerillas. Luego de un tiempo de oscuridad, enciende otra cerilla y lo observa con detenimiento.) ¡Agggh, es la pierna izquierda, está tumefacta! (Pausa.) Morder la lengua. No hablar. No gritar. Todo se va a perder. Es mentira, todo se perdió ya. Ha caído en la cueva del lobo. (Pausa.) Y ése.... ¿qué se propone ése? Habrá que esperar. No, no hay nada que esperar. No hay nada. (Lo observa.) Es la falange. También está partida. (Pausa.) ¿Qué espera ese otro? ¿Qué es lo que espera? ¿Lo sabe usted? Lo sabe ¿no? (Pausa.) No vale la pena gritar porque es bien profundo este hueco. El olor de estiércol, la humedad. No puedo aguantar el olor. Es la pierna izquierda. Está tumefacta. (Pausa.) Todo esto empezó... todo esto... Debería liberarse de ese absurdo abrigo de paño. Un abrigo de paño. Alguien le puso... Pero ve, está mal abotonado. Mal abotonado le digo. Confundió usted un botón. Arréglole usted, ahora mismo. Le digo que lo arregle ¿me escucha? Arréglole apenas tenga un tiempo. Cambie los botones y... cuide usted que a cada uno le corresponda el ojal respectivo. Eso lo comprende ¿no? Cada ojal tiene su compañero respectivo. Aunque lo primero que tiene que hacer es liberarse de ese absurdo abrigo. Liberarse o abotonarlo bien o... (Pausa.) Esto no empezó... O sí, esto empezó, esto empieza. (Largo silencio. Agnes no enciende nuevas cerillas. En la oscuridad sabemos que se ha alejado del hombre, está quizás de nuevo en las escalas.) ¿Por qué vino? ¿Puede responderme eso? ¿A qué vino? Es bueno dejar que la vejez llegue sola, de manera apacible. Eso se sabía, siempre se supo: uno nace para envejecer, para que se estropee el cuerpo, las neuronas, para que se agoten todos los mecanismos de por dentro. Entonces... ¿me quiere decir qué significa su presencia? Su presencia aquí ¿qué significa? (Silencio.)

No quiero esconderle lo peor. No. Incluso imagino que lo sabe. Es Korvan quien lo ha traído. Esto es el fruto de sus correrías nocturnas. Sí, usted. Es de ahí que viene toda esa energía remozada de Roscoe, sí de mi marido.

(Solloza.)

(Silencio.)

Huya, es lo menos que se puede esperar de usted. Huya. Haga alguna suerte de sortilegio y salga por esa ventana, mientras preparamos las viandas de la cena. Nadie lo verá. Si lo desea firmemente puede volverse invisible, eso se sabe. Si lo desea en verdad, no tiene que abrir puertas, con sólo cruzar los muros estará afuera, podrá ir a donde desee. ¿O es que no lo desea? ¿No lo

desea verdaderamente? (Pausa.) ¿Está llorando? ¿Es verdad que está llorando? (Pausa.) Su venida aquí no será para nada bueno. Eso lo sé. Me da miedo, algo se rompió. Algo del equilibrio se rompió. Algún mecanismo se ha interrumpido. No sabría explicarle. Y, sin embargo, creo que me entendería. Que ya comienza a entenderme.

(Silencio.)

(Siempre en la oscuridad.) Debe tener unos fuertes brazos y unas fuertes piernas hechas para la caza y la guerra. Es así en todos los folletines. Me lo puedo imaginar. Prueba de ello este olor que ha impregnado el sótano. Que ha impregnado la casa. Que no deja respirar en la cocina. Fue por él que pude encontrarlo, no más seguir el rastro. Es un instinto que la civilización no ha podido echar a perder. El olfato es el rastro de cuando nos arrastrábamos en las cuevas con los demás animales salvajes, peleándonos las presas a dentelladas.

(Silencio.)

(Enciende una cerilla, pero no mira al hombre. La cerilla se consume. Se quema los dedos) ¡Mierda! ¡Vida de mierda! ¡Mierda! (En la oscuridad sollozos.) Es mejor que huya, se lo digo. Yo no lo he visto. Yo no lo veo, le digo. Yo no puedo haberlo visto. Pero usted puede huir. Si lo desea firmemente, seguro que podría atravesar las paredes. Sería lo mejor para todos. Sabe atravesar paredes ¿no? Yo espero que sí. Que pueda atravesar la pared y desaparecer. (Pausa.) Sí, eso sería lo mejor para todos. Sobre todo, hágalo antes de que yo me entere de que usted está aquí, de que Korvan lo ha traído.

## FRAGMENTO 7

AGNES - KORVAN

(La cocina. Korvan sentado en la silla de un extremo de la mesa. Agnes en el otro extremo destaza un pavo. Sobre la mesa útiles de cortar. Agnes vierte un caldero de agua hirviendo en la ponchera donde está el pavo. Casi quemándose los dedos empieza a desplumarlo. Pausa. Agnes despluma el pavo. Se quema los dedos. Los enjuaga en su delantal.)

AGNES

Te lo dije ¿no? He escuchado la emisión de radio esta tarde. Ya te lo dije, ¿no? (Pausa. Se enjuaga el sudor de la frente. Resopla.) Los animales son simples. Las circunvalaciones de su cerebro son más pequeñas, no tienen ramificaciones. Simples. (Pausa.) Los animales no le tienen nombre a las cosas tampoco. Seguro a causa de las circunvalaciones. Una vaca, por ejemplo, ni siquiera conoce la palabra vaca. Jamás respondería por ese nombre. Ya puede uno gritarle vaca en todos los idiomas del mundo, que ella jamás responderá.

(Pausa.) Los animales son también salvajes. Fieras y hienas. Así se dividen, dijo la radio. Salvajes. (Pausa. Limpia sus manos en el delantal.) No hace calor. No. No es por eso que sudo. No hace calor.

(Silencio.)

Son feroces los animales, eso también. Una lógica implacable que funciona. Los hombres, y yo incluyo en esto a las mujeres, nos echamos a perder con ese truquito de inventar las palabras. Desde entonces se nos escapan las cosas. Las cosas están alejadas de los hombres, rodeadas de una neblina. Todas las cosas están envueltas en una nebulosa. Uno puede hablar las cosas, pero no tocarlas. Es a causa del aura que forman las palabras que las rodean. Las palabras son ruidos. (Pausa.) ¿Dirías que hace calor? ¿Lo dirías, verdaderamente? (Pausa.) (Vuelve a su labor de desplume)

(Silencio.)

(Enciende un soplete con el que quema los restos de plumas del ave. Luego raspa los desechos con un grueso cuchillo.) En cambio, los caballos son los animales más nobles. No tienen sentido de la agresión. Ni siquiera se defienden. Tienen... ¿cómo decía? ¡Ah, sí! Tienen un innato sentido de convivencia en comunidad. Convivencia quiere decir ¿qué? Lo decían el otro día en la emisión radial. Te hablé de eso ¿no? También hablaron de los peces. Hay unos que son hermafroditas. Pensé en Roscoe, sí que le gustan esas cosas complicadas.

(Silencio.)

(Raspa y lava al animal.) En la juventud son machos y en la adolescencia hembras. Como lo oyes. ¿Por qué crees que pensé en Roscoe? Después pusieron propagandas y otras cosas. Dicen que incendiaron un poblado, una historia de muertos. Entraron varios tipos a un poblado de esos y acorralaron a todos los hombres. A todos los hombres de allá. Los hicieron salir de sus casas, sin equipajes, sin nada. Los fueron amarrando con las manos en las espaldas y después los fueron rematando de uno en uno. A algunos no los encuentran... ¡A muchos! Dicen que han encontrado tumbas cavadas en las laderas del río, y en el río también, cadáveres y cabezas... Sí, era esto, un asalto a un poblado. Lo incendiaron. Es la radio quien lo dijo. ¿Eso te dice algo? Hablaban de mujeres llorando. Las mujeres siempre. ¡Ah, sí! Unos tipos se metieron en una iglesia, lejos de aquí. Es otra ciudad, creo. No se le entendía casi nada a la mujer de la radio. De los peces tampoco, creo que no le entendí mucho.

KORVAN

Vamos a dejarlo.

AGNES

En la juventud son machos y en la pubertad hembras. Sí que pensé en Roscoe.

(Con un cuchillo fino corta las entrañas del animal que sangran, las tira con estridencia al recipiente de la basura. Se enjuaga las manos en su delantal. Suda. Se enjuaga el sudor.)

(Silencio.)

(Korvan se levanta de la silla, va hasta la canilla. Está como ahogado de calor. Toma agua, directamente de la canilla. Se moja la cara. Se moja la cabeza. Mete la cabeza debajo del agua. Vuelve a sentarse.)

(Silencio.)

KORVAN

Pero... veamos. Perros, vacas, caballos, mujeres que lloran... ¿Y qué más? ¿Ah? Mujeres hermafroditas y peces que lloran... ¿Qué más? (Pausa.) ¿Qué puede significar todo esto? ¿Ah? ¿Qué más tienes en esa linda cabecita? ¿Ah, pequeña Agnes? Vamos a ver. ¿Qué tienes en esa linda cabecita?

AGNES

(Que se aprestaba a destajar el ave de corral, desiste. Todavía con el hacha en la mano, desiste. Se apoya en la mesa.) ¿Qué sé yo de todo esto? ¿Qué? Todo esto empezó. Un día empezó todo esto. Un día, quizá, termine. Ayer todavía podía mirarme al espejo y decirme: todavía eres una mujer hermosa y caliente. Y ahora, ahora estoy de mierda hasta el cogote. Todavía. Ya no es sino mirar las arrugas de las pupilas.

KORVAN

¿Qué quieres significar?

AGNES

¿Que qué digo?

KORVAN

Significar. Usé esa bendita palabra, significar, sig-ni-fi-car, maldita sea. Quiero que pongas atención a las malditas palabras que uso. Que no me manosees las malditas palabras que utilizo. Que escuches y sopeses cada una de las podridas palabras que uso, que escojo para mejor significar...

AGNES

No te entiendo, es eso. Tú tomas tu camioneta Ford y te vas por esos caminos... A perderte por esos caminos con tus perros y tus compinches. Porque eso es lo que son, compinches de esos que se reúnen, que hacen todo en gavilla... Y yo me quedo sola aquí, con esa mujer de la radio que no sabe hablar sino de ranchos quemados, de cabezas con alambres de púa, de

órganos vagando por un río, por las aguas de un río que un día fue navegable...

KORVAN

Pero ¿de qué folletín hablas? ¿Qué radionovela me estás relatando? ¿Qué es lo que te confunde esa bella cabecita? ¿Has hecho nuevas amistades? ¡Di, habla! ¿Algo se te perdió en el sótano y has ido a encontrarlo?

AGNES

Hoy lloró. Eso lloró. Ahora está llorando. (Movimiento de Korvan.) No bajas. No, no bajas. (Pausa.) No se cómo puedes soportar su olor. Es una maleza de pelos y sudores que apestan. Le hieden los genitales ¿lo sabías? El ano también. Los genitales sobre todo. Desde antes debía no lavarse ahí. ¿No crees? (En un murmullo.) Eso tiene miedo. Eso conoce el miedo.

KORVAN

Deja que descansen en paz tu maldito radio de mierda de perro. Déjate de malditos folletines. Esas radionovelas llenan la cabeza de mierda de perro. Ahí tienes para lo que sirve tu actriz de la radio. Una verdadera mierda de perro, eso es. Una mierda de perro para tirarla al tacho de la basura.

AGNES

¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no se todo? Aprieto los ojos para no pensar y es el vidrio molido el que me rompe las pupilas. Alguien afila el viejo cuchillo contra el antiguo esmeril. Todo viene de ahí, de los asaltos a los supermercados y las invasiones a los centros comerciales. Se desprendió la ventana. Es eso. Eso solamente. El viento empujó la ventana contra el rostro del hombre. ¿Crees que puedo soportar ese golpeteo de la ventana? Cuando los ladridos de tus perros y los frenos de tu camioneta Ford se alejan, no queda sino eso: el batiente de la ventana. El viento empujó la ventana contra el rostro del hombre. El viento impulsa la ventana que ahora viene a estrellar sus vidrios contra el rostro del hombre, sus vidrios que estallan en mil pedazos y marcan el rostro del hombre con infinitas heridas que sangran, sangre en el piso, sangre en su rostro que ahora no está, su rostro que ha explotado y ha dejado sólo su vacío.

KORVAN

Agnes.

AGNES

Sí, Korvan.

KORVAN

¿De qué estás hablando?

AGNES

De nada, Korvan.

(Pausa.)

KORVAN

Entonces... ¿fuiste a verlo?

AGNES

¿A quién, Korvan?

(Silencio.)

KORVAN

Roscoe ha quebrado un asqueroso perro en el cruce de caminos.

AGNES

Sí. Lo sé. Lo sé. (Pausa.) Creo que Maggi se asfixia. (Pausa.) Y después está ese olor, ese hedor profundo. (Pausa.) Déjale la ventana abierta.

KORVAN

No te entiendo.

AGNES

Si el huracán no le rompe los vidrios en el rostro, al menos entrará el chacal a desollarlo.

KORVAN

Vamos a dejarlo.

AGNES

Sí.

KORVAN

Vamos a dejarlo de una maldita buena vez ¿quieres?

AGNES

Ya no podré nunca más volver al sótano. ¿Es eso lo que quieres decir?

(Silencio.)

KORVAN

Por cierto, los perros son los malditos animales sagrados de no recuerdo qué maldita religión. Sí, es incuestionable. Hay una jodida religión que no encontró dónde más y eligió al perro como su jodido tótem. Lo leí en un libro, o algo así. Le tienen altares y ritos complicadísimos para celebrarlo. Es toda una liturgia. Las sacerdotisas bailan con cabezas coronadas de perros y en medio de la celebración aúllan a la luna. Como perros, mismo como perros. Y los hombres, sin duda, aullarán también como perros. Lo leí. Lo vi en alguna parte. Había ilustraciones. Y árboles genealógicos. Y toda una red de jerarquías y relaciones con ritos paganos ancestrales y con sectas más modernas. No pueden comer carne de perro, los seguidores de esta religión. Tampoco las sacerdotisas, claro está. Y lo guardan en secreto. Pero si llegaran a comer carne de perro, cualquiera sea su presentación, cometerían grave falta. Una especie de pecado grave.

AGNES

¿Sabe hablar? ¿Habla nuestra misma lengua?

KORVAN

Roscoe dice: yo tengo mi trofeo de caza. Si alguien se encuentra en la calle una perra que no tiene dueño y logra enlazarla, esa perra ya es de su propiedad. Eso es neto. Pasa en cualquier círculo civilizado. (Pausa.) Si alguien me dijera: escupe lo que tienes en la boca, yo no lo escupiría ni por todo el oro del mundo. Lo apretaría aún más con las quijadas y gruñiría. Sí, gruñiría sin atorarme. Si no arriesgara una pizca de mi bocado, lo escupiría buenamente a la cara. No es tan difícil escupir a alguien a la cara mientras uno mastica y gruñe. Habría que intentarlo.

(Silencio.)

AGNES

(Débilmente.) Si vas a volver a salir, llévate tu jauría de leprosos... no los soporto a tus perros. No los soporto. No más pensar en ellos me viene la jaqueca. No te rías que hablo en serio.

KORVAN

(Retira la hachuela de manos de Agnes y toma su lugar destajando el pavo. Golpea con fruición.) ¿Te lo dije? Roscoe mató un perro en el cruce de caminos. (Pausa.) No era su intención, pero el desgraciado de perro se la buscó. (Pausa.) Fue así. (Pausa.) Roscoe está ebrio. Antes le descerrajó tres

tiros a un malhadado de perro que lo mordió. No. A un desgraciado de perro que osó palarle los dientes y gruñirle en la lengua oscura de los antiguos lobos. Roscoe mató al perro en el viejo cruce de caminos. Después lo desolló. (Pausa. Con risas.) El viejo jodido de Roscoe es un viejo jodido. Con su cuchillo desuella - lobos peló la pelambre del lobo... del perro.... y la puso a curar en salmuera para conservarle el brillo.

AGNES

Yo no puedo vivir sabiendo que debajo de mis pies está eso. ¿Cómo quieres que te prepare un ragout, si camino sobre su cabeza, sobre sus falanges partidas, sobre su resuello de pulmones partidos? ¡Ten compasión de mí, Korvan!

KORVAN

Es un río. Deja que se seque en su fuente. ¡No le des agua!

FRAGMENTO 8

KORVAN - NIRVANA

(El sótano. Una bombilla suspendida del techo está encendida. Nirvana se ha puesto de pie, intenta de vez en cuando algunos pasos de manera errática. Los pies amarrados, una liana que lo ata a la pared se lo impiden. Su movimiento es errático, brusco e intermitente. La cabeza siempre cubierta con el saco de harina.)

KORVAN

¿Cuándo nos desembarazaremos completamente de ustedes? Sí, de usted y de los otros como usted. ¿Es que todo esto no tendrá fin? Sí, ya sé que usted se hace la misma pregunta. Sabe que este es su purgatorio, que el infierno no está muy... Pero... ¿los otros? Se reproducen como ratas. Peor aún. (Pausa.) Veo que se agota de esperar. Cree que todo esto ya ha pasado. Cuando no está la vieja pesadilla del águila, las piernas se le agotan en una larga carrera por una selva húmeda. Está aniquilado, lo presiento. No han vuelto a despertarme sus gritos. (Silencio.)

Me ha traicionado vilmente. Sí, usted. Hay aquí una mujer ¿la ha olido? Pero se equivoca, no es una mujer desvalida. ¿Qué creyó? ¿Que no era sino saltarle encima con sus patas felpudas?

(Silencio.)

Quiero hablarle de Agnes, sé que no lo va a entender, pero de todas formas lo haré. Quiero también pedirle, demandarle, que no la atemorice. La pobre es una buena chica, al menos es la única que tengo. No la torture con pesadillas de ciencia ficción. Pero me enredo. Quiero hablarle de ella. (Con fruición, incluso con un cierto placer infantil.) Agnes tiene una vieja pesadilla, una pesadilla sempiterna que la acompaña desde niña: sueña que pierde los dientes. Es así, en algún momento de la pesadilla se pasa la lengua por los dientes y dice: “ahora se me caen los dientes”. Entonces echa a correr no importa dónde, corre porque cree que así puede escapar de la caída de los dientes. Pero es mentira. Me pregunto si no es incluso peor. Porque a medida que corre, uno a uno va perdiendo sus dientes que quedan sobre el camino. Y cada que pierde alguno corre más aprisa, pero de nuevo pierde otro y otro y otro, hasta que su pobre encía queda despoblada. Entonces, de pronto, ya no corre más sino que está amarrada. Y mira sus dientes que han quedado en el camino. Y ve cómo la tierra los cubre. Y ella querría ir a recogerlos, pero no puede. Entonces de sus viejos dientes enterrados empiezan a nacer personas, hombres y mujeres que se alejan. Y esto no la alegra. Al contrario, es el peor momento de la pesadilla. Es allí donde se despierta aterrorizada. (Pausa.) Es esto lo que quería contarle de Agnes, la razón por la que quería hablarle de ella. De su... debilidad, de... su fragilidad, no obstante ser una moza bastante rozagante aún, que no piensa más que en los malos olores y en el coño.

(Silencio.)

¿No me comprende usted? ¿No me comprende? No hablamos la misma lengua, lo sé. No compartimos las mismas preocupaciones. Es que no somos de la misma comunidad. ¿Comprende? Es eso lo que nos hace distintos. Es por eso que no somos hermanos. (Pausa.) Por eso lo deja sin cuidado mi preocupación por Agnes. Y, en cambio, usted ha soñado que alguien venía a ahondarle la herida del hígado, alguien como una vieja rata con alas de águila. Eso, todo eso que a mí me deja sin cuidado. Y ahora se pregunta si continúo aquí, si sigo siendo el mismo. ¿En quién quiere que me cambie? No estamos en una fiesta de disfraces, eso sobre todo.

(Nirvana se choca contra la pared.)

(Silencio.)

No es el motivo, la fábula del sueño de Agnes, lo que intento remarcarle. Ese mito se encuentra en casi todas las religiones arcaicas relacionado con la fecundidad. Usted debe saber de eso. Es... otra cosa. Sí, otra cosa... es otra cosa lo que quiero señalarle... remarcarle... Algo que es muy propio de

Agnes, algo... que la distingue de todas las mujeres... incluso de todas las de su especie...

(Nirvana se choca contra la pared, varias veces. Se escuchan ladridos de perros. El ruido opaca las palabras de Korvan.)

Pero quizá es inútil, sé que no hablamos la misma lengua. Estoy agotado, en cierta medida, sí. Yo también me agoto... Sí, sí... A usted se lo puedo confiar. Agotado... un poco hastiado, incluso, eso también. (Grita.) No voy a decírselo sino una sola vez: déjela tranquila. ¿Comprende? ¡Tranquila! He preservado a Agnes de peligros toda una vida. Usted no va a echar a perder toda una vida de esfuerzos. ¿Está claro? ¿Ya me hice comprender, maldita sea? ¿Va a comprenderlo de una podrida buena vez?

(Agnes aparece en lo alto de la escalera.)

AGNES: Korvan, Korvan, ven Korvan. Tus perros... esos perros... me van a enloquecer, es preciso que los hagas callar, que los calles de alguna manera.

KORVAN: Agnes, ¿qué haces aquí?

AGNES: ¿Y tú, Korvan? ¿Y tú?

KORVAN: Vete, Agnes. Espérame en la cocina.

AGNES: ¿Quién está ahí contigo, Korvan? ¿Hay alguien ahí?

KORVAN: Pero no, Maggi, mi pequeña. No hay nadie aquí, ¿comprendes?

AGNES: Sí, Korvan. (Pausa.) Ven conmigo.

KORVAN: Sí, Agnes.

## FRAGMENTO 9

### KORVAN - AGNES

(La cocina. Agnes da la apariencia de estar muy débil. Korvan la alimenta. Le da cucharadas de una sopa caliente. Agnes se deja asistir.)

### KORVAN

Si fuera cierto ¿qué harías tú? Tú puedes elegir, yo no pude. En medio de los gritos y de los aullidos de los perros. A través del humo y de las sombras que se movían a causa de las llamas, alcancé a divisarlo. Estaba en el fondo de una de esas chozas. Miraba al frente sin ver. Sólo yo lo vi. Yo el primero. Aún antes que los lobos. Lo vi ahí. Yo diría... flotando. Supe que me pertenecía. A dentelladas se lo pelee a los perros que querían arrebatármelo. Mientras lo traje en la camioneta, los perros no dejaron de seguirlo. Eso es lo que esperan, su presa.

(Silencio.)

(En murmullo.) Viene de un paraje frío y umbroso. Viene de un paraje cálido. No iba solo, venían consigo todos los murmullos de los animales salvajes.

Hablo de antes, de una imagen de antes, de un tiempo de antes de las palabras. Tal vez una loba lo amamantó en un pasado lejano y apacible y ahora echa de menos su hermano gemelo. Soy yo quien le llama. En una antigua lengua su nombre es Nirvana. Es también su nombre ahora.

AGNES

No es cierto. (Silencio.) ¿Lo he visto? ¿Lo he visto?

KORVAN

¿Cómo preservarte ahora de su maléfica influencia?

AGNES

No te comprendo, Korvan.

KORVAN

Y si fuera verdad que allí se encuentra mi presa, ¿querrías exponerte a su influencia?

AGNES

No hay nadie, solo la ventana mal cerrada que golpea. (Pausa.) Pero si hubiera alguien, alguien... Tendrías que sacarlo de aquí, tienes que sacarlo. Su olor ha impregnado todo. Ya no vivimos sino para respirar su hedor. Nos está envenenando. Nos está invadiendo. Y ahora que lo he visto... Lo he visto ¿no? Y ahora que he sentido su olor, es decir ese vaho espeso y fétido....

KORVAN

¿Devolverlo a la selva para que encuentre con su olfato el camino? No se iría. Ellos también nos acechan. Tenemos sus ojos encima.

AGNES

¿De qué hablas, Korvan?

KORVAN

¿Y la radio? ¿No has escuchado las novelas de la radio?

AGNES

Dicen que... que los caminos ya no son seguros...

KORVAN

¿Sólo eso, Agnes? ¿Sólo eso?

AGNES

(Como recitando de memoria.) “Entonces entraron con sacos y palos y a quienes no entendían su lenguaje de lobos aporreaban con sus castigos y a los demás que huían despavoridos a buscar su refugio en el bosque su guarida entre las cuevas de piedra amarraban con cabuya muy apretadas sus muñecas y si oponían resistencia les quebraban los huesos de la tibia y el peroné para aumentar su suplicio mientras eso terminaba...”

KORVAN

Déjalo que se apague solo en su fuente. No le des agua. Sobre todo no le des de beber al sediento.

FRAGMENTO 10

AGNES - NIRVANA - KORVAN

(Sótano. En un rincón Nirvana, acucillado, no tendido, da la espalda a Agnes a su vez acucillada que lo observa a dos metros de distancia. Entre los dos, platos servidos con comida, una jarra con agua, un vaso lleno, frutas puestas directamente sobre el piso. Más tarde entra Korvan.)

AGNES

Soy yo la que más arriesga. ¿Por qué no lo acepta? No puedo estar aquí. No debo. ¡Korvan es un hombre feroz!

(Silencio.)

Hay religiones para las cuales el nombre es sagrado y nunca puede repetirse. No es mi caso. Yo no soy creyente. Por eso puede llamarme por mi nombre, hágalo, llámeme por mi nombre, dígame... ¡Maggy! Sí, eso es. Dígame así.

Así, llámeme por mi nombre: Maggy, Maggy.

(Silencio.)

¿Por qué no come? ¿Ha decidido dejarse morir de hambre? El agua, yo misma la he recogido con mis manos. Soy yo quien ha preparado la comida. Soy yo quien provee las viandas, yo, Maggy. Llámeme por mi nombre. Beba agua y diga: el agua de Maggy, de ella, es decir: el agua que yo misma he servido con mis manos.

(Silencio.)

¿Qué arriesga usted? Yo en cambio... No debo estar aquí. No es un lugar para mujeres. Hay por ahí un hombre, no puedo perder su favor, no puedo arriesgarme. ¿Qué sería de mí entonces? Es él quien nos ha puesto esta prueba, trampa podríamos decir. Trampa a mí, en todo caso. (Pausa.) “Me enredo”, diría él.

(Silencio.)

Es él quien lo tiene atado, el que le ha puesto esta venda en los ojos. ¿Qué quiere que yo haga? Si mi inspirara confianza, si hubiera, al menos, bebido de

mi agua, quizá lo liberaría de la venda. Pero ¿cómo hacerlo? Los chacales saltan directo a la yugular de esos que quieren auxiliarlos. Es su instinto. Y después soy yo la que pierdo. (Pausa.) Quizá ese hombre que caza lobos y desnuda perras va a asesinarlo. En todo caso un asesinato se avecina. Lo mejor es huir sin mirar para atrás. (Pausa.) Y sin embargo, no. No es eso lo que más teme. No, no es su huida. Es otra cosa. Es el miedo de que yo entre en este sótano, que yo baje a visitarlo. Sí, es eso lo que lo preocupa. Es eso lo que lo ha detenido. El, Korvan, no va a dejar que nos conozcamos. Es eso lo que más teme. (Pausa.) ¿Es verdad que está ciego? Es lo que me ha dicho: “está ciego”. Pero si es verdad que lo está ¿para qué conservar la venda? ¿con qué objeto?

(Silencio.)

Quítese la venda. Préndase de mí. Beba mi agua. Llámeme por mi nombre. Diga, aún con los labios pegados: ¡Maggy! ¡Maggy! (Pausa.) Soy yo quien ha venido a espiarle. Quien viene siempre. ¿Me escucha? Si no entiende mis palabras, haga por lo menos un gesto. Si no tiene una lengua bárbara, repita, por lo menos, mi nombre. Si es que no le han cercenado la lengua. Si es que no tiene la lengua cercenada. Soy yo, reconózcame, soy yo, Maggy. Esa que antes ha venido a espiarle. Primero por el hueco de la cerradura, por la ventana de afuera, yo que una vez abrí la puerta y bajé las escaleras. Yo, yo, Maggy. (Riega el agua, los alimentos.) Es esto lo que hago con su agua. Es esto lo que hago. Roscoe es un hombre feroz, se lo he debido decir desde el principio. Usted no lo conoce. No, qué va a conocerlo. (El hombre se queja.) Oh, Dios, es que aún tiene una voz. Entonces tiene una voz. Es cierto.

(Agnes le quita al hombre el saco de harina que cubre su cabeza. La luz se enciende, Korvan está en lo alto de la escalera. Nirvana, como alucinado por la luz, vaga errático, siempre dando tumbos por causa de las lianas que lo atan, emite por primera vez quejidos y una suerte de gritos ahogados por una mordaza. Los ojos también cubiertos con una venda. En el exterior, algarabía de perros que ladran y aúllan ferozmente.)

KORVAN

Agnes, Agnes, ven, remonta la escalera.

AGNES

Oh, Dios, Korvan, ¿qué dice? ¿qué es lo que dice?

KORVAN

Agnes, ven, aléjate. Viene de una tierra devastada. Está perdido. Divaga. Lo anima un espíritu maligno. Un espíritu sombrío. Es peligroso escucharlo. Da vergüenza escucharlo. Ven, remonta la escalera. No es verdad que esté ciego.

AGNES

(Mientras cubre de nuevo la cabeza del hombre con el saco de harina. El se calla,) Oh Dios, hazlo callar, haz que se calle. Oh, Korvan, ayúdame, delira...

(Agnes ha logrado cubrir de nuevo a Nirvana, que se calla. Korvan apaga la luz. Todo queda en penumbras. En el exterior, los perros también se calman.)  
(Silencio.)

KORVAN

Agnes, Agnes, ven, remonta la escalera. Agnes, ven, ven. No es verdad que esté ciego. (Agnes llora.) Pero no ve nada. Nada. Eso no lo martiriza. Las lianas un poco sí. Temo que la muñeca izquierda haya empezado a gangrenar. Al menos no es la lepra. Era terrible para los leprosos, todo eso de andar con los sayales burdos que les horadaban la carne del cuello, de la ingle, de los sobacos...

AGNES

¿Ciego, ya?

KORVAN

No, no todavía. Y sin embargo, ve tan poco. Es todo fruto de la confusión. No logra saber quién es. Por eso es tan peligroso. Piensa que es ahora que es ciego y no ve nada. Piensa que es ahora que es sordo y no escucha nada. Piensa que es ahora que tiene la lengua seca y se ahoga de sed. Sabe que en alguna parte golpea una ventana, que debe haber sol, que le corre sudor por la frente. Pero cree que tiene sed. Después no sabrá reconocerse. Soy yo quien le he puesto un nombre. Soy yo quien lo llama. A él no le queda sino el silencio...

AGNES

No hables, Korvan. No hables. Todo lo comprende. Todo mejor que tú. No necesita quitarse la venda para verte. No necesita quitarse la mordaza para hablarme. Soy yo quien está ciega y sorda. Soy yo la que estoy muda y atada. Tú no comprendes quién es él. Ese no es su nombre. No es así como se llama. Tú no sabes llamarlo. Tampoco lo sé yo. Estamos confundidos.

KORVAN

¿Pasó algo entre ustedes?

(Silencio.)

No, no me respondas. Tampoco eso.

AGNES

¿Cuándo acabará esta agonía?

KORVAN

Las agonías no tienen fin.

(Silencio.)

(Agnes se pone de pie. Un poco desorientada.)

AGNES

Ahora vas a hipnotizarme.

KORVAN

¿Qué? ¿Qué dices?

AGNES

Digo: ahora vas a hipnotizarme.

KORVAN

Te equivocas. Quiero vino.

AGNES

O a contarme de nuevo la historia del perro.

KORVAN

La garganta me arde.

AGNES

No voy a olvidar lo pasado. Cuando niña... pero, eso no te interesa. O a contarme tu aventura del perro. He leído, los perros descienden de los chacales, ellos eran sus antepasados.

KORVAN

Agnes, querida, ven, remonta la escalera.

AGNES

Ya nadie te cree. Hoy lloró. Ahora está llorando.

KORVAN

Sobre todo será preciso que te olvides de tu primera comunión y de todas esas porquerías que te inventaste como infancia.

AGNES

No me trates con rudeza, Korvan. No me trates así. Ya no me reconozco. Ya no me reconozco, Korvan.

KORVAN

He tomado dos cervezas en el viejo almacén.

AGNES

Oh, Dios, Korvan.

KORVAN

He dicho dos cervezas, dos. En el viejo almacén he tomado dos buenas cervezas. ¿Me escuchas, Agnes? Dos cervezas. ¿Es que un hombre no tiene derecho a tomarse dos cervezas de vez en cuando?

(Silencio.)

AGNES

¿Por qué me llamas Agnes? ¿No te he dicho? Mi nombre es Maggy. Maggy. ¿No te lo había dicho?

KORVAN

¿Ha abusado de ti? Di, Agnes ¿ha abusado de ti?

AGNES

Rechazó mi agua y las viandas que había preparado para él. Regó por la tierra el agua que quería ofrecerle.

KORVAN

Te equivocas. Te previne que no le dieras agua. Ese es su elemento. De allí proviene su inmortalidad.

AGNES

¿Qué dices, Roscoe?

KORVAN

¿Por qué me llamas así?

AGNES

Hasta Korvan tendría vergüenza de nosotros.

KORVAN

Te equivocas. Roscoe es lo único que le queda a Maggy.

AGNES

Sí, ya pronto.

(Silencio.)

KORVAN

Estoy en el pasaje de los comerciantes turcos, vagando entre estantes atiborrados de cachivaches y nuevas máquinas, cuando en el ángulo de un viejo espejo de esos que tienen para vigilar, veo mi rostro. Algo me llamó la atención. Detrás de mi rostro que llenaba toda la luna del espejo vi otra cosa. Te vi. Caminabas dormida entre brumas bordeando un acantilado. Quise gritar, tenderte la mano. Pero tú seguías ciega hacia el abismo. Corrí. Vine para acá enseguida. Debes subir conmigo los peldaños de la escalera. El aire aquí, no sé, no se puede respirar... (Pausa.) Llego, te busco con la mirada por toda la estancia. Sé que no estás. La puerta de la escalera del sótano golpea contra el marco. No la veo, porque sé que bajaste. Un escalofrío me recorre el espinazo. No se puede jugar con las sombras, hay que mantenerse al margen de la penumbra. La oscuridad hace mal a los ojos. Me apresuro y vengo a encontrarte. A rescatarte de esta penumbra que te hace daño. Es imperativo remontar la escalera.

AGNES

Si al menos pudiera ofrendar una plegaria, algo, una maldición, puede ser, alguna suerte de blasfemia. Tengo pesadillas con esa ventana. Siempre se rompe en mil pedazos. Y sin embargo la ventana sigue ahí. Ahí continúa. Estática, atrapada en una fotografía que se exhibe en un cuadro. Y así para toda la eternidad.

KORVAN

¿Qué dices de la ventana?

AGNES

Digo que si dejaras abierta la ventana, vendrían los chacales a devorarlo. (Pausa.) ¡Ah, Korvan, si al menos estuviera muerto, si ya estuviera muerto! ¡Eso, Korvan, eso al menos podría soportarlo!

KORVAN

Sube conmigo antes de que él despierte. Temo que por tu causa él termine por comprender nuestra lengua, que quiera hablarnos. Fue un craso error de

los cristianos, enseñarles su lengua a los gentiles y a los bárbaros, un error de colonización. (Pausa.) Roscoe ha ido al cobertizo de los árabes a comprarse un pedazo de máquina para tronchar árboles. Tiene una potencia de 50 horse power. Roscoe ha leído las instrucciones al dorso: "Danger. Caution: keep out of reach of childrens".

(Silencio.)

Ven conmigo.

AGNES

Después será el llanto y el crujir de dientes.

KORVAN

Sube conmigo.

AGNES

La eternidad es ahora...es la vieja pesadilla que me asalta. En la estación de trenes digo adiós a mis padres. Pero ellos no me miran. Ellos están en el andén. Soy yo la que se aleja sola en el vagón del tren cargando el fardo de mi equipaje. En el vagón vuelve a ocurrir la misma escena: el gentleman y su mujer violentan a la joven aldeana con la ayuda de su antiguo camarada. La mujer sufre los ultrajes del amo, las risas de la mujer, los golpes de su antiguo camarada. Todo sucede de nuevo. Miro hacia afuera del vagón, la oscuridad de afuera no deja ver más que el reflejo en el vidrio de la misma escena: el ultraje de la joven mujer, el gentleman que la sodomiza, la dama que excita al hombre con caricias rudas y el antiguo camarada de la joven que la brutaliza. Adentro y afuera es la misma pesadilla. Es entonces el crujir de dientes y el llanto... Es ahora el llanto y el crujir de dientes...

(Korvan desciende, cubre los hombros de Agnes con sus brazos. La arrastra suavemente. Le habla en susurro.)

KORVAN

Con gusto me bebería un vaso de agua. Es cierto. Afuera bate la canícula. Puedo subir y servirme un vaso de agua fresca. Pero no me corre ninguna prisa. (Pausa.) Pensé en lo que decías la otra noche, que el ruido de la ventana no te deja dormir. Fue a causa del ruido que visité el almacén de provisiones de maquinaria.

AGNES

¿Tengo aún alguna esperanza?

KORVAN

Es por el ruido que me informo sobre las condiciones técnicas y los catálogos de las motosierras.

AGNES

Y después los dos olvidaremos juntos.

KORVAN

Sí, sí. El alma, como el cuerpo, ella también olvida.

(Korvan se aleja con Agnes a quien sostiene. Remontan la escalera.)

FRAGMENTO 11

NIRVANA - AGNES - KORVAN

(Sótano parcialmente iluminado. Nirvana ha sido sentado en un viejo taburete. Las manos y pies continúan amarrados, la cabeza tapada, pero en cambio tiene el torso desnudo, ha sido despojado del abrigo: es un hombre negro, adulto, magro. Agnes manipula una inmensa palangana de agua, tiene delantal de cuero blanco y botas de caucho, como un empleado de matadero. El cabello cubierto con un trapo blanco. Agnes, bajo las indicaciones de Korvan, que también viste un delantal, limpia con abundante agua a Nirvana, que tiembla. Cantidades generosas de agua y jabón. Agnes manipula una esponja y diferentes paños blancos. Una luz se cuele por la ventana. A Nirvana lo atacan leves estremecimientos.)

FRAGMENTO 12

KORVAN - AGNES

(En la cocina, que está muy limpia. A un extremo de la mesa Agnes toma café en una gruesa taza, el café está muy caliente. Korvan de pie al otro extremo, todavía con el mismo delantal blanco que chorrea agua. A su lado, equipaje de viaje. El manipula un sombrero de mujer. En la mesa una sierra eléctrica nueva, en su caja original. En otro costado de la mesa, el delantal blanco que ha usado Agnes en la escena anterior y el gorro, puestos a escurrir el agua.)

(Silencio.)

AGNES

Es siempre ese viejo recuerdo. Ocurría en una ciudad lejana... lejana. Una gran ciudad donde las personas se cubrían con grandes sacos y mantones. Era una calle. Yo iba por una calle. De pronto, una gran vidriera, como un escaparate de almacén, que representaba una escena familiar. ¿Una gran vitrina o el vagón de un tren? (Intenta tomar café, está muy caliente.) Una cama, en todo caso una cama, una alcoba. Una cama muy grande, inmensa. En su extremo izquierdo, en la parte de adelante: una mujer rica, que reía hieráticamente. En el extremo derecho posterior, un hombre como de cincuenta años, alto y fornido, un poco calvo.... había sacado sus genitales a través de la bragueta de su pantalón. Una mujer joven, de cabellera rojiza, los besaba y succionaba, llorando. El hombre la tiraba del pelo y decía palabras obscenas. (Bebe café.) Luego la empuja, la bota a un metro de sí, al medio de la cama. La mujer se recoge en posición fetal y chupa su pulgar como un bebé, mientras llora. Los otros dos ríen a carcajadas. (Bebe café) (Silencio.)

De pronto aparece un cuarto personaje. Un campesino fornido, blanco, muy joven, dieciocho o veinte años. Se monta en la cama. Ya estaba. Patea en el vientre a la mujer que llora. Le grita insultos: puta, zorra, habla como en las películas. La tira del pelo y la empuja hasta el hombre calvo que ahora tiene una fusta en su mano. La boca de la mujer es de nuevo invadida por la polla del hombre calvo. El hombre calvo gime mientras azota la espalda de la mujer que llora y lo lame.

(Silencio.)

(Deja la taza del café en la mesa.)

(Silencio.)

Y... lo más curioso, como la mujer está de costado... ha sido empujada y sus piernas han quedado de costado... el otro hombre, el joven, el que es un campesino como la mujer de pelo rojizo... él, salta sobre el costado de las caderas y de los muslos de la mujer, brinca sobre ella, brinca sobre ella que gime. (Pausa.) Yo pienso que le va a fracturar la cadera....

KORVAN

(Le ofrece a Agnes, que no la recibe, la taza con café.) ¿Eres tú la pelirroja?

(Pausa.) ¿La chica pelirroja eres tú?

(Silencio.)

AGNES

Yo pienso que si le fractura la cadera sólo va a ser el inicio y que tendrán, que van, a seguir torturándola hasta matarla... No quiero mirar a la mujer que ríe al costado izquierdo, presiento que está tejiendo y, no comprendo cómo, intuyo que tiene un estilete o una aguja muy larga o un delgado cuchillo con

el que, temo, le va a sacar los ojos a la mujer de pelo rojizo... Se los va a sacar ahora, dentro de un momento...

(Agnes busca, sin mirar, la taza. Se apercibe que la tiene Korvan. Se la recibe. Bebe café.)

(Silencio.)

KORVAN

¿La pelirroja eres tú?

AGNES

¿Cómo?

KORVAN

La pelirroja, esa chica pelirroja ¿eres tú?

AGNES

Qué ocurrencia. No. No.

(Silencio.)

Yo... Yo veo la escena... soy la espectadora de esa escena. La espectadora soy yo. Soy yo quien mira la escena, yo quien la mira. Yo...

KORVAN

(Vuelve a su sitio junto al equipaje.) Es un sueño.

AGNES

¿Qué?

KORVAN

Un sueño. Te digo que es un sueño.

AGNES

¿Qué?

KORVAN

Tu recuerdo. Es un sueño, tu recuerdo. Olvídalo.

AGNES

La escena en el tren continúa, pero ahora ha empezado a borrarse.

(Silencio.)

KORVAN

Un sueño, te lo digo. (Pausa.) Una pesadilla, cuando más. (Pausa.) Si es que no es otra de tus sucias, fantasías. Otra de éstas.

(Silencio.)

AGNES

Quieres decir que no he debido bajar. ¿Es eso? (Pausa.) Lo lamento. (Pausa.) Tienes razón, el recuerdo me hiere los ojos. Es que hablo con lágrimas en los dientes, pero las lágrimas aún no han salido. Ese recuerdo me tortura. El hueco oscuro de la habitación insana donde el olor agrio del hombre sepultó los otros hedores de suciedad. Ese hedor pastoso de negro que suda, olor de su axila fétida y de su ano y de sus ingles, revuelto con los orines y los excrementos y los restos de la comida repudiada. Olor del sudor de sus genitales, de sus axilas, de su pecho, de todas las zonas velludas que conserva el hombre como herencia de los animales salvajes, de los animales de la noche, de la noche oscura.

KORVAN

¡Vuelve el ruido, ese motor fracasado! (Pausa.) No hablo, los animales son más feroces. Es una lógica simple. Tan simple como una descarga eléctrica para sacrificar las reses en el matadero. El hombre ha simplificado todas las técnicas de exterminio. Es fácil matar a una vaca: obturar el interruptor hasta la zona roja de danger, donde dice alta tensión. (Pausa.) O la sierra eléctrica. Es para eso que puede servir la sierra eléctrica. Es por eso que he comprado la sierra eléctrica.

AGNES

¿Los oyes? Ahí están otra vez los perros de Roscoe. Tus perros. Ahí vienen de nuevo con sus alaridos. ¿Es que no se va a tener un minuto de calma? Les he contado el tiempo desde que empezaron, sí, desde que empezaron con su cantinela. No se de dónde viene esa absurda costumbre de tener perros. Es falso que sean el mejor amigo del hombre. Al contrario. Son ladinos, son dobles, no han olvidado que vienen de los lobos. Lo que hacen es vigilarnos, es eso: nos acechan para saltar a la yugular el día menos pensado. Nos torturan con sus alaridos de lobo, para hacernos perder el aplomo. Nos tienen acorralados. No he podido pegar los ojos durante toda la noche. Había.... Entre los perros y la cabeza que me quería estallar, la noche se me hizo eterna. Y además, casi no amanece. Cero de pesadillas anoche. Pero claro, sin pegar los ojos. Toda la noche con los ojos abiertos, prendidos al techo. Yo....

KORVAN

Un sueño, te lo digo. O si quieres, una pesadilla. No lo pienses más. (Pausa.) Roscoe le ha comprado a Maggy tiquetes para el tren de la 5:30. Ya pronto se calmará la jauría. Roscoe dice que el tren de las 5:30 no pasará a las 5:30, que eso es seguro. Pero a las seis, sí que lo hará.

AGNES

Maggy se puso calzonarias rojas y calzones negros. Maggy se puso una correa de cuero no te imaginas dónde. Se vistió como una puta.

KORVAN

Roscoe dice: a las seis pasa el tren de las 5:30. Roscoe quiere que Maggy se vaya, que se aleje, para calmar a la jauría de perros. Roscoe le ha comprado un sombrero a Maggy. Un sombrero de dama fina. Un sombrero para el viaje. (Silencio.)

Ese sombrero te luce. Es lo que puedo decir. Ese sombrero te luce endiabladamente. Ahí está. Te luce como un demonio. Puedo decir más: es la pieza más atractiva de tu atuendo. Es la perla de tu atuendo.

AGNES

No quiero que me esperes levantado. Por lo menos eso no. Sería un gran disgusto para mí. Sí, el más grande disgusto de mi vida. No quiero llegar por la noche y encontrar las luces prendidas. No quiero encontrar ninguna luz prendida. ¿Me entiendes? Ni siquiera la luz de la entrada, no, no la quiero encontrar encendida. Ah no, eso sí que no, no quiero luces.

(Silencio.)

KORVAN

Sobre todo no pierdas los boletos. El tren tampoco. No tienes que arrimarte a ninguna ventanilla. Todo funciona endiabladamente bien ahora, ahora uno puede recibir los tiquetes por correo. Todo se ha simplificado de una manera extraordinaria. (Pausa.) Debes presentarte a la estación.

AGNES

¿Crees que es lo correcto?

KORVAN

¿De qué porquerías hablas?

AGNES

Tú me torturas, tú me asfixias, tú no has dejado que yo progrese y busque un destino mejor. Tú te opusiste siempre a que continuara mi trabajo de taquígrafa. Así yo tendría mis economías. Mi pequeño capital. Mi modesta fortuna. Y no dependería tanto de tu dinero. No tendría que someterme a tus sucios juegos, no tendría que soportar tus obscenas fantasías, tus degradantes costumbres, tus manías eróticas de folletín de tres pesos.

(El la golpea.)

(Silencio.)

KORVAN

Roscoe ha dicho: El tren funciona con una precisión de reloj suizo. Es de lo poco que nos queda todavía. Eso viene de los inversionistas ingleses y de los ingenieros británicos que empezaron el tendido de rieles y la perforación de los túneles con que volvieron habitable esta selva. (Pausa.) Llevas el dinero suficiente para que te contrates un guía. Búscate uno joven. Como conocen menos, son un prodigio para sorprender a sus clientes con datos curiosos y relatos de hechos diversos.

AGNES

Maggy se ha puesto su corset rojo y sus ligeros estrafalarios de nuevo. Me da pudor contártelo. He sabido de Maggy que se acaricia a solas algunas tardes. Y lo cuenta con una desfachatez, con una ausencia de vergüenza.

(Silencio.)

¿Tú me amas? ¿Me amas, tú?

KORVAN

Roscoe dice: Yo amo a Maggy, como nunca amé en la vida. (Pausa.) Llega el tren. Te ves preciosa. El rosa te sienta bien. Vamos, ve, conocerás una vieja aldea, te hastiarás un poco con la simplicidad de las gentes del lugar, conocerás gente ridícula y provinciana.... ¿qué quieres? De todo eso, en suma, se compone la enciclopedia humana. Bien pronto todo terminará.

AGNES

Un día los libros de historia los escribirán las fieras salvajes.

KORVAN

Te esperaré mañana en la estación. Te esperaré con ansias.

AGNES

No te inquietes, trataré de no pensar en nada durante la jornada. No pensaré en nada. Maggy será como la convaleciente de un hospital psiquiátrico en su primera salida: sin memoria, dejará que el paisaje la invada.

KORVAN

Y hará bien.

(Agnes sale con su maleta. Olvida el sombrero sobre la mesa. Korvan lo percibe. Suena un reloj despertador.)

FRAGMENTO 13

NIRVANA - AGNES

(El sótano vacío y mal iluminado. Agnes entra como a escondidas por las escaleras. Nirvana continúa en el viejo taburete, el torso desnudo y completamente mojado, titirita. Parece como si dormitara. Agnes se siente observada. Intenta remontar la escalera, pero regresa. Habla muy quedo a Nirvana. Como quien no quiere despertarlo.)

AGNES

No volveré más al sótano, aunque lo hubiera deseado. Hubiera deseado volver una vez más. No sé para qué. No lo sé verdaderamente. Era un gesto simple, sin importancia. Sin importancia, sobre todo, en el punto al que ha llegado la situación. Completamente innecesario. (Pausa.) Es Korvan quien va a volver. Es él quien lo hará. Antes incluso que Roscoe. Korvan está viejo, enfermo de muerte. ¿Qué se podía esperar? Con aquel abuso del licor y la artritis que tortura sus articulaciones. (Pausa.) Korvan me da desconfianza, siempre le he tenido miedo. Desconfianza. Aún se empeña en negar mi recuerdo de la escena del vagón en la que sacrifican a aquella pobre chica. (Pausa.) Es horrible esa escena, es fuerte. Sobre todo cuando la vieja mujer exhibe sus estiletes de costura. (Pausa.) Pero Korvan no lo reconocerá jamás.

(Silencio.)

Es preciso que le haga una confesión. Es mi obligación. No tengo nada que ver con su suerte. No me culpe por ello. (Pausa.) Pasaré la noche en la pequeña aldea de N.... Pero es falso que vaya a tomar un valet o un guía. Me encerraré en la pequeña alcoba del hostel y haré la guardia en blanco toda la noche. Propiamente una sonámbula con insomnio. El cerebro completamente desconectado: sin mensajes, sin recuerdos, sin presentimientos, sin nada. El cerebro vacío de una autómatas. De una pobre chica de orfelinato. Justamente

eso, una huérfana. (Pausa.) Y todo a pesar del bochorno horroroso que hará en aquella covacha de mala muerte. A pesar de las cucarachas que se pasean impávidas por la moqueta, mirándola a una como a una intrusa. Y del fandango que harán en la pieza vecina un viejo señor y su compañera de ocasión. (Pausa.) Y jamás en mi vida yo olvidaré esta bendita noche. (Pausa.) Podría decir: “Hablo con esta voz que no es la mía. Tiempo feroz y agreste. Se aproxima un huracán. No hablo: estoy callada y tiemblo. No tiemblo: aprieto los puños para no temblar. Temo desfallecer. No hablo. No. Cierro los ojos y los aprieto contra las cuencas hasta hacerlos saltar. El tornado desprendió la ventana de sus postigos y el paisaje se coló por el hueco negro: piedras, plumas de aves de corral, pelambre de los animales nocturnos”. Pero no lo haré. ¿De qué serviría ya todo eso? Y, en todo caso, nadie lo vería. Estaré sola, como acabo de decir, en el viejo hotelito de la ciudad de N...

(Silencio.)

Es Korvan quien volverá. Es él. Pobre hombre: viejo, enfermo, sin riñones casi. Son un peligro los hombres cuando envejecen. Igual que la vejiga, el epitalamio debe sufrir alguna suerte de endurecimiento. Es quizá por eso que es seguro que él va a volver. Yo ya no puedo hacer nada. Espero que lo comprenda. (Va salir, remonta algunos peldaños de la escalera. Se detiene, se devuelve.)

(Silencio.)

Hablo con esta voz que no es la mía.

(Silencio.)

Alguien dejará abierta la ventana y se va a colar el paisaje. Los vidrios vendrán a fracasar contra ese rostro brillante de grasa y sudor bajo la espesa mata de barba sin domesticar. (Pausa.) ¡Ah... sí! Está eso también. Hay que incluir también eso: su catre, la vieja litera de campaña que nunca utilizó, recogido contra el rincón más húmedo de la habitación, sufriendo el hedor de la humedad, las manchas de los hongos en el calicanto, la tortura de las pequeñas sabandijas tropicales, el hedor de una vieja humedad, acequia o pozo aséptico que solía correr antaño por las viejas.... (Ruido de ventanas que golpean.)

(Silencio.)

(Todo se oscurece.)

(En la oscuridad, sollozos de ella.)

#### FRAGMENTO 14

##### NIRVANA - KORVAN

(El sótano a oscuras. Korvan abre la puerta y desciende las escaleras. Trae una lámpara potente con la que ilumina distintos rincones del sótano perfectamente limpio. Nirvana se estremece en la silla. Intenta moverse, pero está amarrado. Se escuchan ladridos de perro. Nirvana quizá habla pero no entendemos. Las mordazas son ahora más fuertes. Korvan trae también la caja de la sierra eléctrica que, siguiendo las instrucciones, va ensamblando a lo largo de la escena. La bombilla que pende del techo está apagada. Sobre la caja de la sierra eléctrica, un sombrero rosa de mujer.)

##### KORVAN

Agnes, no obstante volvió. Ella, no obstante, volvió una vez más al sótano. Como se recordará, la tarde de su partida, ésa en la que narra la pesadilla de los sucios ésos que juegan rudo con la rubia pelirroja, en el momento exacto de su partida, ella olvida su sombrero rosa. Justo el jodido sombrero rosa que era la cereza del gâteau. Salir y no encontrarla en la puerta, ni en el camino donde está el auto que debe transportarla a la estación, el auto que la espera, para llevarla al tren, todo era uno. Digamos que es... lógico, sí, he aquí la palabra justa, ...lógico suponerla descendiendo la escalera del bendito jodido sótano. (Hace la sombra de un gesto de despedida.) (Pausa.) Transcurre una escena en la que ella suelta la lágrima y agita pañuelos blancos con una pizca de perfume caro. Desperdiciado por lo menos, digamos.

(Silencio.)

(Fuma de su habano e ilumina distintos rincones del sótano) ¿El sueño de una civilización? (Pausa.) Las agonías no tienen fin. Es natural, el mundo corre a la catástrofe. Cada día mayor energía desperdiciada que no se puede recuperar. Es la teoría de las catástrofes.

(Silencio.)

Habrá que reflexionar sobre ello. (Pausa.) Lo cierto es que....

(Silencio.)

...Agnes usa palabras complicadas. Por ejemplo dice: “¡Alguien afila el viejo cuchillo contra el antiguo esmeril!” (Pausa.) Una vieja técnica, aprovechar las cosas que se encuentran al pasar. Aprovechar el azar. Dice: “Se desprendió la ventana”. (Pausa.) El viento, siempre el viento. En todas las novelas hay una escena en la que una vieja ventana golpea contra el batiente a causa del viento. Es el riesgo de las palabras. Uno podría emprender una cruzada de deshacer las mentiras que cuentan las novelas, pero sería demasiado arduo y... (Interrupción.) Ella dice, dice, por ejemplo: “El viento empujó la ventana contra el rostro del hombre. El viento impulsa la ventana que ahora viene a estrellar sus vidrios contra el rostro del hombre, sus vidrios que estallan en mil fragmentos y marcan el rostro del hombre con infinitas pequeñas heridas que sangran en su rostro que ahora no está, su rostro que ha explotado y ha dejado sólo su vacío.”

(Silencio.)

El viento, siempre el viento, como en el viejo relato romántico, golpeó la ventana contra el rostro del hombre y la nube de fragmentos de vidrio le infringió al rostro una telaraña de pequeñas y profundas heridas que sangran. Ahora el hombre ha perdido su rostro que explota. Ahora no está más su rostro que explota, sino el nido de la sangre, el ruido de la sangre. (Se escucha el batir de una ventana mecida por el viento.) (Interrupción.)

(Silencio.)

Sí que sería arduo acabar con tantas palabras. “Alguien dejó la ventana mal cerrada y el viento la agitó con violencia. Ya se escucha el fracaso de vidrios rotos estrellándose contra el rostro del hombre cautivo. Por el hueco negro de la ventana se cuelan al cuarto pedazos de madera reseca, árboles con sus ramas, trozos de botellas de vidrio verde, las partes de adentro de un televisor, un televisor fracasado, un paraguas en desuso, plumas de distintas razas de aves, pelambres de animales de la noche, no hay escamas. Tiempo feroz y agreste: se aproxima un vendaval”.

(Silencio.)

Los viejos trabajos del hombre. No se puede negar que la novela radiofónica ha hecho su parte. Dejados, digamos, su impronta, su sello. Es para lo que sirve la jodida emisión radial. Poca cosa, en suma. Reflexionar sobre esto. (Interrupción.) La novela radiofónica es pura mierda de perro. (Korvan ha terminado de ensamblar la sierra eléctrica, la conecta. Ella funciona bien. La apaga. Apaga también la luz de la lámpara.)

FRAGMENTO 15

NIRVANA

(El sótano. Vacío y muy limpio. No está Nirvana. En su caja, apoyada contra el inicio de las escaleras, la motosierra. Luz irreal. No se escucha sonido de perros.)

NIRVANA

(Voz en off.)

Cruzo

parajes acolchados por las hierbas  
que han caído en los inviernos de agua pasada.

Debajo las hojas en putrefacción  
las eternas alimañas de las eras pasadas.

El pie se apoya acolchado por las viejas lianas perdidas que desaparecen.

Piso cálido y mullido como un útero de antaño  
siempre virgen.

Hablo al antiguo eco que no responde.

Antaño éramos varios.

Debajo los jeroglíficos que están debajo del limo  
se encuentran todavía trazas de las que fueron nuestras huellas pasadas.

Entonces los días eran más intensos  
y los soles más largos.

Hablo del tiempo de antes.

Las pesadillas de la vigilia han devenido más punzantes que aquellas del  
sueño.

No sueño entonces.

No hay sueño.

Quedan apenas unas pocas palabras para mencionar el mundo.

Este se bate en retirada cuando lo intento tocar con el dedo.

Queda dedo.

Queda lengua.

Queda arena pastosa en la garganta.

Queda un filo de sangre que corre en alguna parte.

Queda un cierto miembro tumefacto.

Queda cierta rigidez de la columna contrahecha.

Queda una mano.

La otra se ha retirado a la oscuridad.

La otra temo haya sido cercenada.

No cesará esto que tiene que cesar.

Que tiene que acabar algún día.

Todo se aproxima y las cosas se baten en retirada  
mirando el viejo combate de las fieras.

Antes también las vacas eran sagradas, es decir, salvajes.

Decía que algo resta,  
como la vieja costumbre de la palabra,  
como trazas de algo que se ha ido.  
Las pavesas de un fuego,  
las de un sueño.  
Hablo de antes.  
De antes incluso.  
Había sol entonces.  
Los días eran más largos y los soles más intensos.  
Luego todo se ha olvidado.  
No hay ya cerebro que ejercite la memoria para recordar las viejas palabras,  
los ideogramas que transportaban el viejo pensamiento,  
el pensamiento ancestral.  
Ancestral.  
Antes era ancestral.  
El tiempo venía a posarse en el cuenco de las manos  
antes de la ceremonia de compartir las viandas  
y la carne aromatizada de las bestias.  
Antes la grasa de las aves que se ofrecían en sacrificio era liviana  
y no obstruía el fuego que se elevaba en ofrenda.  
Ahora es el tiempo de la confusión.  
Vendrán días terribles.  
Ya están aquí:  
el polvo de los años ha caído sobre los techos de las antiguas mansiones,  
ya no hay estancia limpia,  
todos hablan la confusión de las lenguas.  
Afuera es ya noche y los perros no han cesado de ladrar.  
Afuera.  
Durante toda la noche los perros aúllan.  
Antes los perros eran los amigos del hombre.  
En los pequeños cobertizos donde me solía tender  
no queda ya sino mi sombra que se esfuma.  
Hablo con esta voz que me queda  
y que ya me empieza a dejar.  
Hablo con este rastro de voz que ya se está secando.  
Y sin embargo persisto.  
Pero eso no va a durar,  
no puede durar mucho todavía.  
Sólo temo que nunca nadie encuentre mi cadáver.  
Porque está perdido mi cadáver  
y nadie lo puede encontrar.  
Porque nadie va poder encontrarlo de nuevo.

Temo que nadie venga a rescatar mi cadáver de las sombras.  
Que no se encuentren mis despojos.  
Ya no debo demorarme.  
Debo partir.  
Partir.

(La luz desciende lentamente. Oscuridad.)

#### EPILOGO

KORVAN - AGNES

(La cocina. Mesa puesta, se podría decir, incluso con boato. Platos y fuentes finos. Agnes acaba de entrar. En la puerta de la cocina un equipaje. Korvan también de pie.)

AGNES

Te dije que no me esperaras. Que no me esperaras con la luz prendida. Sobre todo eso te pedí.

KORVAN

Las cosas vuelven, puede ser, a su lugar. Ahora somos de nuevo dos...  
(Pausa.) No. Vuelvo a empezar.

AGNES

Mejor no. No digas nada. ¿Dirías que es a partir de ahora que nuestra unión vuelve a fortificarse?

KORVAN

No. Tampoco así.

AGNES

Ensayo de nuevo.

KORVAN

Puedes decir todo lo que quieras, porque soy yo quien soporta el peso.  
(Pausa.) Digo: ven de nuevo y abrázame como a un padre. El hogar encuentra de nuevo su calor. El fuego del hogar vuelve a ser cálido. (Pausa.) No ha sido fácil, puedo decírtelo. No creas que porque guardo esta calma aparente, la cosa me ha dejado igual. Es un misterio la muerte como aquél del nacimiento: los dos extremos del misterio de la vida.

AGNES

¿Y yo? Hablo con esta voz que no es la mía. No. No hablo. Estoy callada y tiemblo. No, no tiemblo tampoco. No tiemblo. Aprieto los labios. Muerdo un freno. Sudo. Dos o tres gotas de sudor me corren por la frente. Dos o tres gotas de sudor. No voy a decir: hace calor, desearía tenderme en el frío de la baldosa hasta que culmine la pesadilla. No. La pesadilla no ha empezado. La pesadilla no tiene principio. La pesadilla no va a acabar. (Pausa.) No hace calor. En todo caso, eso no cambiaría nada. Vamos a la mesa. (Pausa.) Las cosas en la mesa van mejor. Lástima que el vino me siente tan mal. Me sienta mal el vino y es una lástima.

(Ninguno de los dos se mueve.)

AGNES

Era Agnes, ella, yo en otro tiempo, con su pobre alma aprehensiva quien nos creaba inquietudes. Pobre chica. Ella que soñaba pesadillas sucias, quería que sufriéramos con sus nostalgias. ¡Pobre chica! (Pausa.) Olvídalo. Es lo que yo digo siempre: todo encuentra el hueco de su propia tumba. Aquí es el viejo cementerio. (Pausa.) He aquí las grandes figuras que portan las nostalgias y las interrogaciones de todos: de entrada, poder saber. Pero, así también, el poder, la fuerza, el dominio del mundo, el amor, el sufrimiento recibido y el dado, la culpabilidad, la culpabilidad, la muerte...

(Silencio.)

Voy a entrar en mi casa.

KORVAN

La cena está servida.

(Silencio.)

AGNES

Habrá que tapiar el sótano. Acabo de decidirlo. Hace un momento tan sólo. (Pausa.) Sí, limpiar mi viejo desván. Habrá que tapiar el sótano. Tengo eructos de una mala digestión.

KORVAN

Y sin embargo, sí, habrá que pensar en el significado de todas estas cosas. Entre digestión y digestión, aprovechando las horas de la siesta, habrá que devanarse los sesos. Todo lo que sucede viene secundado de segundas consecuencias, de significados oscuros que es difícil a menudo dilucidar, de resonancias que se escapan a los espíritus menores. Sí, de eso no nos

escapamos. Por fuerza habrá que elucubrar sobre el alcance de todo lo que ha sucedido. Preguntarnos primero si es que algo sucedió en realidad. Qué era lo que pasaba al tiempo que eso que no sabemos sucedía. Qué era lo que significaba en el cosmos.

AGNES

Añoro el cerebro de los bovinos que no le han dado entrada a la inmensidad del cosmos.

KORVAN

Y sin embargo, a no dudarlo, es preciso reconocer que un capítulo se ha cerrado. Un capítulo sin duda no cierra una epopeya. Es sólo un episodio. A reflexionar, sin duda, el papel que juegan las costumbres de los animales salvajes en el gran misterio de la vida del hombre. A reflexionar, además, el papel oculto que juegan las bestias domesticadas. ¿Por qué nos quieren hacer creer que han olvidado sus viejas costumbres salvajes? ¿Pretenden que creemos su engaño o saben actuar en consecuencia? En todo caso las cosas no se mueven por sí solas, si están allí son debidas a algún tipo de voluntad. Para significar algo, quiero decir.

AGNES

Nunca como ahora ha sido oscura la noche de los tiempos.

(Silencio.)

KORVAN

Puedes entrar. Puedes volver a tu hogar. Ya no tendrás más nunca que lamentar nada de lo que aconteció.

(Silencio.)

AGNES

(Tomando su lugar en la mesa. Korvan le retira la silla y la ayuda a sentarse.)  
Voy a entrar. Voy a volver a mi hogar. Ya no podré más nunca olvidar...  
lamentar... más de lo que nunca...

KORVAN

(Tomando también su lugar en la mesa.) (Con gran entusiasmo.)  
Lo he pensado, habrá que podar el césped. Sí, sí, es lo que he pensado. Podar el césped, sí señor, es eso lo que he pensado.

AGNES

Sí, el alma como el cuerpo, ella también olvida.

KORVAN

Ahora comienza el drama.

(Korvan y Agnes cenan, cada uno a un extremo de la gran mesa familiar. Ella habla de órganos, de dolencias. El habla del cuerpo humano como de un mecanismo de relojería. Los dos piensan que habría que cortar el césped. Todo en un ambiente amable y familiar. Hay risas y coqueterías. De pronto los dos miran al público, como si se sintieran observados, como si se apercibieran de la escena de teatro. Con complicidad y cierta coquetería se adelantan a proscenio, saludan al público con una gran reverencia y vuelven a la mesa con aire satisfecho. Agnes enciende la radio. Se escucha música sinfónica y marcial que dura hasta que la luz, que comienza a decrecer, termine en la penumbra.)

(Oscuridad.)

(Fin.)

Víctor Viviescas. Correo electrónico: [victorviviescas@gmail.com](mailto:victorviviescas@gmail.com)

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2018

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)

Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)